

Ricardo Garibay

Cómo murió El Muso

“Lorenzo Miya, le dicen El Muso, vengo a matarlo. No me conoce, Lorenzo Miya.” Y esto a dos metros del Muso ¡y tú sabes quién era El Muso! En Baja California le gritaron ¡Muso! y al revolverse liba metiendo cuatro balas en el vientre al baboso que le había gritado, que lo quería saludar, nostra cosa, presumir de que lo conocía, pero El Muso debía por cualquier parte más que nadie y no siba dar cuenta despaldas de qué se trataba, todavía estaba gritando el menso aquel y ya le gorgoreaban cuatro balas en el cuerpo, no te enredes. El Muso. Era mulato El Muso. El Muso andaba descalzo, despacio, dormido. Pues a dos metros, más o menos, “Lorenzo Miya, vengo...” ¿eh?, Martín del Hierro sí señor, y le gustaba chacotear al Martín, hacer payasadas, “Tíreme primero, pelao, todo es la diversión”, o si no, mandaba avisar que ya le habían pagado y esperaba quel otro estuviera bien apercibido, buscaba como quien dice entrar sabiendo que sólo de milagro iba a salir, no veo, era compasión, era amor, puro amor al encontronazo ¿sería? Sólo de milagro logró salir muchas veces, en una piquera lo esperaban en Parral y él sestuvo hasta que nadie lo daba por vivo para después de la pelea, tonce se fue a la piquera, eran cinco, “Es con el Güero Vélez —dijo— quién es el Güero Vélez”, eran cinco, el Güero Vélez qué, pero tenía cuatro pa responder, muy hechos los cuatro y les había prometido veinte mil, veinte mil dentonces, y

eso y más la vida con qué la compras y a Vélez le sobraba tú dirás pa qué quieres el dinero, veinte mil, pregúntale a, "...Quién es el Güero Vélez", uno de los cuatro era un vaiviene que luego anduvo en un circo tirando al blanco ¡díme tú!, él lo contaba: "yonde dijo el güerovélez el güerovélez se sumió yonde se sumió el güerovélez Pastrana hizo por el Hierro, pero rápido era Pastrana sí señor, y haciendo Pastrana le metió el Hierro el plomo en la cara y yastaba el Hierro listo pal siguiente, salpiconeó la cara que la vimos chorros de sangre ni quien se la conociera ¡y no! se abrieron, se cuartiaron, nos cuartiamos, sí pues, nos, tú tiubieras igual, lentregamos al güerovélez y se llevó al güerovélez iba más muerto que qué, no se lo lleve, señor, no sea malo mire, lo mató en el charral sin quien lo molestara, el cuento era del gobernador." Y eso digo yo. Que mató gustoso al primero, digo Martín, al que mató a su padre, y a nadie más; los otros, cuéntalos, fueron del gobernador, y el gobernador veces es el gobernador de aquí, de allá, cualquiera de los Estados del norte, pero veces es el diablo, tú date cuenta cuándo y cuándo. Mundo dicen, ve tú a saber. Ahora, que le gustaba ser faceto, bueno, eso ya se trae, pero no, venganza es venganza y el deber es el deber, la gente lo vio gatillo y gatillo te convertirás. Por el Güero Vélez se lo llevaron a Tijuana quesque preso, empezó a ser pandillero no duró, era solo, era hombre solo, sales a cazar de noche o de día y andan pacá y andan pallá los animales, pero el tigre siempre solo, el que allá nombramos tigre, ques tigre, no veas más, manchado, sinvergüenza y ladrón, igual de rabioso y endemoniado, tigre, os así el huerco Martín, solo, rumiendo, mazcando qué sé yo, tuvo eso con el Muso, ya viste, ni siquiera cobró y jamás le perdió el respeto ¡no! No mataba por negocio es lo que no saben, sino caramba ¿has visto un hombre herido de pies a cabeza? ¿lo has visto servirse un vaso de alcohol, vino que allá nombramos, y contemplarlo casi sin poder llevárselo a la boca? ¿lo has visto bebérselo de un trago? ¿lo has visto ahogarse por la fuerza del vino y la agitación de la pelea y por la sangre que aún le mana de los rojos dientes mientras el alcohol le baña bermejo los pelos de la ruda barba? y estando así ¿lo has visto reír diciendo "tuvo bueno, jijuelás, me madrugaron, no los conté ni vi a queoras empezaría, así estuvo bueno", mientras estás pensando "pero si es un muchacho y mira Dios lo ampare", porque parece inmortal su resistencia? "Lorenzo Miya, le dicen El Muso..." y El Muso era El Muso.

—Tá bueno... no se spante —le dijo El Muso.
 —Para servirle —le dijo Martín.
 —Así mejor... —dijo El Muso— ora estoy aquí... con los señores... A la nohecita...
 —Usté manda —dijo Martín.
 —A la nohecita... —mandó El Muso, qué pelao era El Muso— de aquí nos vamos... noaga polvo... —lento, lento, dormido al hablar, enjugándose dulcemente la cerveza en los labios.
 —Con su permiso —dijo Martín.
 —Ajá... —dijo El Muso— páasele...
 Y Martín se fue al otro lado de la barra, y El Muso siguió bebiendo con sus amigos. ¿Recuerdas? A la salida de Tijuana. Iban a caballo, casi platicando. Iba la gente atrás, a distancia.
 —Onde —preguntó Martín. Carajo, Martín tenía 17 años. El Muso era hombre de más de treinta, y qué fama, qué calma, qué sudor apacible de cerveza y sol en sus negros pómulos.
 —Adelantiiiito —ronroneó El Muso.
 Salieron hasta despoblado. Todavía El Muso ¡me encanta El Muso, chingao! le preguntó bostezando: —¿Sabe...? ¿Sabe...? Si no sabe... no crea que vuá guardar encono... Dígame... No es fuerza... huerco... no... Déme la mano, no meaga ventajoso... no sea que vaya ser que no sabe...





Lo miraba ¿me entiendes? le daba la salida, llevaba miedo de matar al muchacho sin qué ni para qué; preocupado, fíjate quién era. Martín se echó una carcajada, Martín diez y siete años; le comenzaba el dolor, aquel oleaje, cantos y cascós, su cabeza enferma pues, un enjambre de abispas en las sienes, "aquí y aquí" como él decía borracho apretándose las sienes. Y se separaron. Una risa de Martín, que helaba la sangre. Pero El Muso era El Muso: serio se alejaba dando la espalda al muchacho, nada de vigilándolo, pensaba "yo no perdí cuatro tandas, tú, deja ver, primero me tomé una cerveza, después otra, ese Muey labioso me asonsó ¿por qué mizo pagar cuatro tandas? oracabando le digo al Muey, oye Muey... Yeste huerco cocijoso 'ombré lo que meace hacer..." Se dio cuenta de que iba muy al paso, siguió así ya de propósito, esperando algo, alzó la cara, de la tierra se iba la luz, el aire del chaparral silbaba y frágiles espíritus de arena revoloteaban en el horizonte, "el llano", pensó El Muso, "frío", pensó, y ya no pensó más, siguió esperando, esperando muy al paso oír los gritos de la gente: "a dónde vas, Muso, ya se fue el huerco, vente pacá, si nomás taba jugando" sintió mucho tiempo encima, y aún de espaldas gritó, pensando que decía "pero quién me va contestar ombré, si ya se fue, huerco jijo, cachorrito ombré, si quién lo va matar ombré por Dios", gritó "usté diraaaá" porque es de uso quedar lejos uno de otro y tener que levantar la voz y llegó el grito de Martín, pero cómo pos si ái está, huerco necio jijo de su madre, ni modo pues, "véeeengase cabrón" gritó Martín, y tú viste, Muso, era la nohecita, oh Muso, aún la luz en el desierto altísima y en el breñal las sombras, gente a cien metros de distancia, y tú y aquel Martín del Hierro —matador de hombres— a caballo, no sabías oh Muso quién era Martín del Hierro, veías su silueta, tú y él, oscuras siluetas, levantaron al mismo tiempo sus monturas, las hicieron girar con vertiginosa elegancia sobre las patas tracieras, y al mismo tiempo y girando desenfundaron las armas, como danzarines a caballo, caballos de mentira, danzarines que han aprendido de memoria el momento de desenfundar armas de juguete y lo hacen entre



aplausos que premian la bella simultaneidad de sus músculos, a caballo y girando, tenías enfrente a un enemigo tan grande como tú, aún no había matado tanto como tú pero habría de superarte en números y ya te superaba en calidad, y al verlo desenfundar girando, y nadie más lo vio, nadie más pudo verlo, porque tú en el peligro de muerte más que ver sabías, creíste que pensabas "sabe el huerco sabe fijate fijate", y girando un instante parecieron dos hermosos héroes, o sea hombres de otras épocas y de divina estirpe, que giraban desvainando las filosas espadas de hace miles de años, cuando matar era bueno porque alrededor de los crímenes reía la tierra, los bronce de aquellos guerreros multiplicaban el sol, las crines de oro de sus cascos se movían en ramales, de tal modo, que los guerreros se veían al andar coronados de ondulante luz y feroz gloria, y las lanzas larguísimas que hendían la carne y la teñían de sangre opaca brillaban como estrías candentes e impalpables; por un momento al girar sobre sí para enfrentarse dos seres mitológicos llamados centauros —desnudando los negros revólveres— fueron el centro de otra luz, una luz más clara, de otra tierra, una tierra fértil, rica en pastos y cítaras y rumorosa de ríos de frescas aguas y no esta tierra parda, fecunda en víboras de cascabel, y de otros hombres, batalladores alegres de ojos de mármol y no estos hombres asustados y pegajosos de sudor de trabajos ruines y parapetados en el huizachal; por un momento, no más, los dioses se asomaron a ver el combate, y luego todo el mundo, todo lo que hay dentro y fuera del mundo se oscureció y el pleito de pistoleros siguió su curso; y girando se lanzaron uno contra otro, arrojabas tu caballo hacia Martín, Martín venía, tu caballo volaba a raz de tierra, Martín venía, oh tu enorme poder para desbocar tu caballo en unos cuantos metros, Martín venía, cómo espoleabas a la bestia sabia en la

pelea, Martín venía angustiosos tambores, Martín venía, mulato de ojos iridiscentes, maestro, ibas a morir, venid plañideras, Martín venía, colosales caballos y hombres colosales crecieron hasta ocupar enteramente el espacio entre el desierto y la bóveda, las ancas brillaban en la altura, un resplandor agónico de aquel atardecer rozó allá arriba tu inmenso sombrero, destrozo de tambores, desde la tierra los vi, los vimos, alzamos cuanto pudimos las caras y los vimos, a ustedes, los formidables, y gritamos ¡el mundo saltará en pedazos!, montañas de músculos mar de tu montura incontenible, pero Martín venía como maza gigantesca de sombra atronador Martín, y hubo viento viento, la gente lo juró más tarde, como huracán en medio de las doce detonaciones escupidores de lucecillas anaranjadas los cañones de los revólveres y ya no supe qué pasó, nunca, qué fuerza superior a ti desvió tus balas, las únicas inútiles de tu revuelta vida, perdidas en el desierto desde entonces perdidas bajo tantísima arena que cubre y lija sin término otras muchas balas y arañas y raíces, avergonzadas balas porque ninguna dio en el blanco y porque todas las balas de Martín, ahora sabes quién era, se te metieron en el cuerpo, flexible cuerpo que hubiera envejecido al calor de playas si el siniestro gobernador no te encaminara hasta ese lugar del norte, Muso, por Dios, tú eras de la costa ¿qué andabas haciendo desde hacía tantos años en el norte?, tu corazón, tu garganta y una de tus ingles, blancos perfectos, y tu hígado y la armoniosa armazón de tu hombro derecho y otra vez tu corazón: las balas de Martín; te pegó por todas partes; ya no viste que él se hundía en el chaparral, galopaba sin rienda con su manicomio echando chispas y tú rodabas con extraña furia, como con vida propia, como mordiendo, hasta que ya. Entonces, Muso, declinó tu leyenda, magnífica hasta entonces.

